

Apuntes en torno a la escritura sobre lo trans como ejercicio de alteridad

Julieta Restrepo Berrío

Es el rostro del otro, como resumen de la totalidad de su vida, lo que nos haría detenernos, tener miramiento, pensar antes de caer en la tentación de deformarlo o reducirlo a su solo aparecer en un momento. Colombia está enferma de mismidad, y solo la provocación y multiplicación del encuentro con lo diferente podría evitar que se perpetúe el ciclo de nuestras violencias cuyo origen tal vez sea, en última instancia, el miedo a ese extraño cualquiera y múltiple, convertido en monstruo por la distancia que hemos interpuesto para no verlo y, por tanto, irrespetarlo. [...] Hace muchos años fui invitado a un programa de la mañana en la televisión local de Medellín. [...] Uno de los presentadores dijo, al aire – en una emisión en directo –, que lo bueno de ir al centro de Medellín era que siempre existía la posibilidad de encontrar gente como uno. Yo me aventuré a objetar su bienintencionado discurso; se me ocurrió que, por el contrario, lo mejor de ir al centro de una ciudad es encontrar lo distinto a uno.

Pedro Adrián Zuluaga, “La mirada del otro”.

Desde hace algunos años comencé a merodear por numerosos lugares del centro de Medellín. En aquellos recovecos descubrí mundos tan insólitos y distantes del mío, que escudriñar en ellos se convirtió en un motivo de entusiasmo vital. Entre estos mundos, uno en especial empezó a ocupar toda mi inquietud: la práctica de la transexualidad femenina en el espacio urbano. Los despliegues públicos de estos modos de la transexualidad despertaron en mí un gran interés. Estas formas particulares de subjetividad, que en buena medida se gestaban en las calles del centro de la ciudad,

deambulaban tanto por mi cabeza, que eventualmente opté por investigar y escribir sobre ellas desde el ámbito académico. En un principio, me pregunté de qué manera una mujer cisgénero podría escribir sobre estas experiencias sin caer en retóricas paternalistas y estigmatizantes. Se sabe de antemano que cuando una persona que no pertenece a la población trans escribe sobre las prácticas y las experiencias de estos sujetos fácilmente puede terminar discriminando, infantilizando o desfigurando las narrativas. En realidad, esta posibilidad no exime a ningún aventurero del oficio. No olvidemos jamás que la escritura es un ejercicio lúdico e imaginativo al cual las concepciones personales y los infaltables prejuicios no le son extraños, sino que, por el contrario, marcan el tono del relato; allí radica uno de los principales retos a la hora de escribir sobre los otros. Tampoco sobra recordar que todo ejercicio escritural inicia justamente desde un gesto de *desfiguración* del cúmulo de verdades incuestionables de una supuesta realidad preexistente, y da rienda suelta a una serie de creaciones afirmativas polisémicas que producen materialidad. Es por ello que la “ficción” –que, si la consideramos desde una perspectiva posmoderna y narrativista, no solo se reduce a la literatura, sino que podría también abarcar todo tipo de producciones académicas– y, en general, la escritura, construye siempre sus propias licencias para desfigurar, desordenar y desobedecer las normativas impuestas.

Es en el proceso de escribir sobre los otros, o de narrar formas de subjetividad tan disímiles a las nuestras, donde puede revelarse que fuera del sí mismo existen mundos mucho más complejos y maravillosos. Adentrarnos en estos mundos nos permite vislumbrar que, lejos del discurso todavía replicado que busca y justifica una aparente ciudadanía homogénea y ordenada, lo que abunda en el espacio urbano y lo atiborra con su presencia es la diversidad diseminada. Por esta razón, abordar estos espacios posibilita entonces el entendimiento de los otros en su misma condición heterogénea, unos *otros* diferentes a ese “yo” que busca encontrarse e imponerse en todas partes.

El gesto de atreverse a enunciar algo sobre estos sujetos y sus despliegues urbanos podría, pues, entenderse como el intento por adoptar otra mirada, una que se enfrenta a la otredad sin buscar desesperadamente una mismidad, o sin necesariamente detentar una actitud violenta o condenatoria, sino que, por el contrario, procura reconocer la proliferación de la diferencia con respecto a ese yo dominante. Por tanto, escribir sobre las experiencias de lo trans sin ser trans implica toparse con lo diferente sin obligarlo a que se nos parezca en todo y sin someterlo a preconcepciones despectivas o estereotipos excluyentes. En los otros podemos encontrarnos y también enajenarnos, sin que por ello se caiga en algún tipo de invalidación.

Al escribir sobre la transexualidad femenina, rápidamente comprendí que encontraría una proliferante diversidad entre mi yo y los “otros” –diversidad llevada en el espacio urbano a su máxima expresión–. El yo y los otros se camuflaban, se confundían, se dividían entre mil avatares en un movimiento incesante en el que, por instan-

tes, logré advertir la producción primera y última de la ciudad: la diferencia. Comprendí también que si la presencia de estos sujetos en el espacio urbano tuvo el efecto de interpelar mi existencia fue porque me confrontaba, por supuesto, con la alteridad.

En “Encerrar el yo en una lata” la ensayista y crítica literaria argentina Beatriz Sarlo retoma algunas consideraciones de Walter Benjamin sobre los peligros de escribir en primera persona y exclusivamente sobre sí mismo.¹ Sarlo asegura que quizá uno de los ejercicios más difíciles de la literatura es “el de borrar el yo” –si es acaso eso posible– para “imaginar una tercera persona, su lenguaje, sus repeticiones, su deseo y su pasión”. En la contemporaneidad, el *yo* se ha liberado y ejerce su imperio: he allí la necesidad de no dejar de narrar hoy a los otros y desde los otros. Es, quizá, con la facultad de crear un personaje y un mundo distintos del propio, que ambos autores entienden el oficio literario como un ejercicio constante de alteridad, de inventarse, de imaginarse otro. Escribir sobre los otros evidencia la construcción de un yo cada vez menos identificable, cada vez más otro, cada vez más artificioso. Es por esto que la escritura como ejercicio de alteridad se nutre, simultáneamente, de la lectura como un ejercicio de devenir otro. La lectura, en sus múltiples sentidos, es una práctica que nos confronta con la diferencia y nos permite descubrirla en voces ajenas. Conforme se lee y se escribe sobre lo diferente, se llega a ser otro. Y, como en la literatura, ese yo contemporáneo se pierde en los otros como el individuo se pierde en la ciudad mutante: se sabe diferente a cada instante y encuentra formas de la diferencia que le demuestran que solo a partir de este constante extrañamiento puede narrarse y narrar a los otros.



Sankofa. *Mentira acomodadora*. Foto ©Paulina Pérez.

En medio de la pregunta por la transexualidad femenina y sus formas de producción, tanto en el espacio urbano como en el ámbito literario, tropecé, para mi fortuna, con la obra de la escritora trans Camila Sosa Villada. Durante el tiempo que estudió comunicación y teatro en la ciudad de Córdoba, Argentina, la autora mantuvo una doble vida: de día era Cristian y de noche Camila. Cada que se ponía el sol se travestía y salía a prostituirse en el Parque Sarmiento. Compartió por algunos años con las travestis del parque y de la mano de estas conoció la vida en la calle, la oscuridad, sus placeres y sus horrores. Con ellas conoció también la alegría, la celebración y la fiesta de ser travesti, como ella misma lo llama. En su novela *Las malas*, Camila Sosa da cuenta del travestismo como la afirmación de una vida-otra, y como potencia de creación cor-

poral y literaria a partir de la experiencia de la alteridad y la marginalidad. La novela, llena de elementos fantásticos, casi míticos, es resultado del recuento escrito de esa época, mezclado a su vez con los relatos de su infancia, su devenir trans y las historias de sus compañeras.² Esta novela fue para mí una provocación: ante su lectura me vi llamada a asumir el mismo oficio de la escritora: desentrañar en palabras las diversas expresiones de lo trans. Intenté describir lo que me suscitó la inmersión literaria en este mundo -un camino que más tarde me mostraría nuevas formas para narrar mis inmersiones en el centro de mi propia ciudad y para analizar las experiencias de las mujeres trans que lo habitan-.

En sus páginas, la autora acude a la palabra para nombrar el mundo y al mito para or-

ganizarlo. Pero también acude a la palabra para nombrarse a sí misma y al mito propio para desorganizar el mundo. La palabra funciona en la novela para narrar un cuerpo y el cuerpo para encarnar la palabra. Palabras afirmadas con una desobediencia salvaje y letal. Palabras que narran la vida y la muerte; es decir, la eterna transmutación de un orden de cosas impuesto. En *Las malas* asistimos a un relato que muestra el nacimiento, el crecimiento y la extinción de esos animales que se juntan en manada, de esas bestias de la noche, de esa especie mágica y mitológica. Asistimos a la transformación o desintegración de una horda de travestis, de una familia siempre en peligro de extinción por la cacería social, por el odio, por el miedo, por la violencia y por el rechazo. Con la lectura de este libro somos testigos, también, de la muerte o, en realidad, de la vida en sus mil avatares, pues su cualidad transmutable nos demuestra que para que la vida implique renovación, la muerte es un constituyente inevitable. La muerte del niño y el nacimiento de la mujer, la muerte de una y la furia de todas. Acompañamos a la autora a la nueva vida, la vida siempre distinta, la vida metamorfoseada, la vida de los mil yo y, por ende, la vida compuesta por los otros; asistimos a la suma de todas las vidas que han vivido la autora y sus personajes.

En *Las malas* es palpable la escritura como redención y como re-nacimiento: lo que allí se gesta es la confluencia entre la escritura y el travestismo como actos íntimamente ligados, como actos que dan vida, que dan a luz a una mujer: la sacan de la penumbra, la hacen ver, la nombran. La escritura y el travestismo, en resumidas cuentas, como actos que celebran la vida. En palabras de Camila Sosa: “las travestis trepan cada noche desde ese infierno del

que nadie escribe, para devolver la primavera al mundo, porque ser travesti es una fiesta”. Por tanto, la palabra actúa en la novela no solo para narrar un cuerpo, sino en realidad para crearlo, para producirlo, y el cuerpo existe para manifestar la palabra. Manifestar significa “hacer fiesta con las manos”, manotear, acción y efecto de dar a conocer. La autora escribe justamente sobre el acto de manifestarse travesti, de manifestarse mujer, de manifestarse escritora, y demuestra cómo esta manifestación no es otra cosa que la fiesta del cuerpo, la celebración de la exposición y de la exhibición del deseo y la alegría de la materialización y proliferación de lo trans como forma de vida siempre disímil, siempre diferente, incansablemente transformada.

Creo que este extraordinario relato, narrado de primera mano por una mujer trans, se vislumbra como testimonio ineludible para aquellos que desean escribir sobre las diversidades de género. Es indudable que la escritura de estos temas para una mujer cisgénero y para todo tipo de sujetos es tanto un desafío como una oportunidad, pues más que una manera de apropiación y reafirmación de unas identidades fijas se trata de un ejercicio de alteridad y de encuentro con eso otro infinitamente transfigurado. Abordar estos temas, ya sea desde la literatura o desde el espacio urbano, hace parte de una suerte de desprendimiento del yo dentro el ejercicio del pensamiento, y se convierte en una entrega a la constante cavilación sobre los otros. Es imperioso comprender que la diversidad no es solo lo que nos rodea, sino aquello que constituye al yo como la eterna superposición de los otros. Estos breves apuntes tan solo son una invitación a leer y a escribir como ejercicio de alteridad y a pensar en la ficción y la academia como territorios de libertad,



Sankofa. *Mentira acomodadora*. Foto ©Paulina Pérez.

de diversidad, de proliferación de la diferencia. Escribir sobre lo trans y sobre las formas otras de la sexualidad y del género es traer al centro del debate social unos modos de ser que no han abandonado por completo su carácter periférico, es poner en boga unas formas de subjetividad que continúan sometidas a la discriminación, a la condena, al estigma y la burla. Es, asimismo, alumbrar la diversidad y mostrarla como productora y constituyente de cada uno de nosotros. Este es el ejercicio de alteridad que solicitan Benjamin y numerosos autores en el campo de la escritura: el gesto de arriesgarse a escribir más allá de los linderos del yo o, mejor, de escribir teniendo en cuenta que estos linderos se desdibujan cada vez más, y que sus peligros aparecen y se deshacen solo cuando están confrontados con lo diferente, con aquello que nos resulta extraño, ajeno y en ocasiones in-

abarcable. La pregunta por la diversidad sexual y de género y las narrativas que se construyen sobre ella es trabajo de todos. Para terminar, no me queda más que, sin mayor autoridad, acompañar un último deseo: “les solicito que dejen de pensar que soy yo quien hablo. Habla quien quisiera ser mi sueño de volverme otro, uno mejor”.³

Referencias

- 1 Sarlo, B. (2017). “Encerrar el yo en una lata”, Tribuna Libre, Babelia, 17 de septiembre, *El País*.
- 2 Sosa Villada, C. (2019). *Las malas*, Tusquets.
- 3 Zuluaga, P. A. (2020). “La mirada del otro” en Álvarez, J., Zuluaga, P. A. y Ariza, P. *Respeto*, Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, pp. 27-42.

Julieta Restrepo Berrío es historiadora y estudiante de la Maestría en Estética de la Universidad Nacional de Colombia -sede Medellín-.